

EL TIEMPO

Carlos Vega Belgrano
DIRECTOR

UNION TELEFÓNICA
1685 - Avenida

Dirección y Administración
SAN MARTIN 32

DIRECCION TELEGRÁFICA
EL TIEMPO - Bs. As.

SUPLEMENTO SEMANAL

ESTE SUPLEMENTO SE DISTRIBUYE GRATIS A TODO SUSCRIPTOR Y COMPRADOR

SUMARIO:

- «Sobre el criollismo», cartas de Miguel de Unamuno.
- «Evangélica», por Almafuerte.
- «Una anécdota de Gayarré», por Casimiro Prieto.
- «Libros del abogado Carlos O. Bunge», Principios de psicología individual y social y «Nuestra América».
- «Litografías Modernas. La consulta», por Albert Boussière.
- «Nocturno», por Luis Fernán.
- «Bajo la tiranía» (novela), por Félix San Martín.
- «Sed breves», por S. O. Marden.
- «Los fosfatos en la alimentación del ganado», por A. G.
- «La exportación de huevos».
- «Variedades», por Max de Nansouty.
- «Boletín Bibliográfico».
- Avisos.
- Programa de las carreras.

SOBRE EL CRIOLLISMO

A GUISA DE PROLOGO

CARTA DE D. MIGUEL DE UNAMUNO

Esta carta—verdadera primicia que ofrecemos a nuestros lectores—nos ha sido galantemente cedida por la Dirección de «Estudios», revista para la cual fue escrita expresamente y que se encuentra momentáneamente suspendida debido a cambios en su personal y reorganización completa de su administración.

Miguel de Unamuno no necesita por cierto presentación alguna, porque es quizás el español intelectual más conocido y apreciado entre nosotros. Transcribimos a continuación la carta particular que precedió a la abierta que publicamos, por ser de sumo interés por las apreciaciones que hace el autor respecto de las diversas opiniones vertidas entre nosotros a propósito de la tan debatida cuestión del criollismo, que suscitara el Dr. Ernesto Quesada en su brillante monografía titulada: «El criollismo en la literatura argentina»:

11 de enero de 1903.

Sr. Doctor Adolfo Casabal.

Muy señor mío: Hace unos días recibí su tarjeta con el anuncio de *Estudios* y hoy recibo estos. El número que me envía es interesantísimo y una excelente prueba de lo que la revista debe ser.

Trátase en él un asunto que me interesa sobre manera y es el del *criollismo*.

El trabajo de mi amigo el Sr. Soto y Calvo está muy discreto y razonado, como todo lo que hace este señor, aunque sólo en parte concuerda de él. Estimo mucho al autor del *Nastasio*, aunque cuando, a mi parecer, se ha equivocado, como en *Nostalgia*, se lo haya dicho ruda y francamente, como acosaba un bro. Desco escribírelo y lo haré pronto. Dígaselo así.

No estoy de acuerdo con el Dr. Pellegrini en su idea tal cual la expresan en la página 341 de su revista. Claro está que ni el idioma español ni otro cualquiera puede permanecer estacionario austrayéndose a las leyes de la evolución, pero hay que tener en cuenta que el estrecho nexo de las relaciones modernas entre los pueblos (la unidad a través del espacio) y el rápido aumento de las personas que saben leer y leer, ayudado por la imprenta (unidad a través del tiempo) hacen que en nuestra civilización el trabajo integrador vaya casi de par con el diferenciador en lo que el lenguaje hace. Este punto de vista he de explicar. Lo sensible es que, como aquí sucede con los catalanes y mis paisanos, los vascos, se entrometa la pasión, por legítima y justa que sea, en lo que debe tratarse fríamente, y suplanten los patriotas a los lingüistas. Recuerde que en su afán por tener una lengua propia nacional, los noruegos, que hablan danés, han encontrado entre ellos quien proponga la escritura fonética sin más objeto que diferenciar en la escritura, hablas que sólo en accidentes de pronunciación se diferencian.

Y así supongo que si los portugueses han adoptado la embarazosa y abrumada ortografía etimológica, escribiendo v. gr. *mythologia*, es por usar nosotros, los españoles, una que se acerca a la fonética y si adoptáramos la suya, adoptarían la nuestra. Lo que bajo de todo esto hay es lo que debe evitarse al discutir de estos asuntos. Y así, el Dr. Abeille, v. gr. es sospechoso de parcialidad y falta de serenidad científica, por su origen.

El asunto me interesa y me propongo dirigir a usted una carta abierta, en que explye estos conceptos, y que pueda ver la luz en su revista.

Sólo me resta ofrecerme a usted como amigo y afmo. S.—MIGUEL DE UNAMUNO.

Sr. Doctor Adolfo Casabal.

Mi estimado amigo: El número de la revista *Estudios* de noviembre del pasado año que ha tenido la bondad de remitirme ha ido a sumarse con los dos interesantes folletos de D. Ernesto Quesada *El problema del idioma nacional* y *El criollismo en la literatura argentina* y otros escritos de D. Pablo Groussac, D. Miguel Cané y demás escritores que se han ocupado en el asunto. Quiero estudiarlo con algún detenimiento, yo que vengo hace años dedicándome muy en especial a la filología, y sobre todo a la de los idiomas romances ó neo-latinos, con objeto de escribir acerca de ello con conocimiento de causa.

Mi buen amigo D. Ernesto Quesada me ha hecho el honor de poner a buena contribución mis trabajos en su último folleto, y se lo agradezco.

Las observaciones de don Francisco Soto y Calvo en su artículo *De la falta de carácter en la literatura argentina* me parecen pertinentes y muy atinadas, y he de escribir sobre ellas.

Hay aquí dos cosas distintas, una la que se refiere al carácter propio que puede adquirir la literatura argentina y la otra la referente al llamado por algunos idioma nacional. Por lo que a la primera hace he de explicar con extensión cuando de la literatura argentina en conjunto me ocupe, el por qué nos gusta tanto a muchos españoles—no somos solo Nuñez de Arce, Menéndez y Pelayo y yo—el género gauchesco, y por qué pongo el *Martín Fierro*, con sus evidentes defectos, por encima de cuanta poesía americana en lengua española conozco. Ahora dejo este aspecto de la cuestión y paso al lingüístico.

Tampoco quiero entrar aquí en el fondo de la cuestión lingüística acerca del porvenir de la lengua española en América, sino que me propongo hacer algunas consideraciones de índole psicológica, a guisa de prólogo. Con más espacio y calma desarrollaré en que me aparte del parecer del sabio gra-

mático D. Rufino Cuervo y los que como él piensan, y nada digo del Dr. Abeille, porque la obra de éste me parece desprovista de todo serio valor científico. Le faltaban, entre otras cosas, conocer algo mejor el castellano que se habla en España, en el campo, y no sólo el de los periódicos y la clase media de los grandes ciudades.

Desde luego he de decirle que creo tan remoto el porvenir que el Dr. Pellegrini asigna al idioma español, que vale más no ocuparse en ello. Dice la revista *Estudios* que el Dr. Ramón C. Linares en un artículo publicado en el número 1033 de «El País» demuestra que pasarán dos siglos antes de que el idioma español se diversifique en varios, entre los que figurará el argentino. Me gustaría conocer esa estupenda demostración. Porque los españoles de hoy entendemos perfectamente el español no de hace dos, sino de hace cuatro y cinco siglos y no se en qué se funda el Sr. Linares para suponer que se apresure la evolución de nuestro idioma, ó más bien que aún apresurándose—que esto es de creer—no vaya de par en todos los países en que lo hablen por remotos que estén unos de otros.

Indudable es que la lengua española como toda lengua y todo lo vivo, está sujeta a proceso evolutivo, pero no debe olvidarse que la evolución abarca a los procesos mismos evolutivos. Quiero decir con esto que si bien es indudable que las cosas cambian según ley, la ley según la cual cambian las cosas está a su vez sujeta a cambio y que así como hay ley del cambio hay cambio de la ley del cambio. Lo cual equivale a sostener que de la manera cómo se ha cumplido hasta aquí el proceso lingüístico no puede concluirse, sin más determinación, el cómo ha de seguir cumpliéndose.

Es cosa sabida que el progreso de la civilización ha traído una más estrecha relación entre los pueblos que viven a largas distancias y entre las generaciones a las que separa el tiempo. Las relaciones mercantiles y de todo género hacen que cada vez se comuniquen más entre sí los diversos pueblos, y entre ellos los de lengua española, y la difusión del conocimiento de la lectura, y la imprenta sobre todo, hacen que cada vez haya más gentes que se comunican con sus antepasados. Aún no se ha hecho ningún estudio de valía, que yo sepa, en que se investigue la influencia que el descubrimiento de la imprenta pueda tener en el proceso lingüístico.

-ONNAN

Lo indicado basta para que se me entienda bien si afirmo que por mucho que se cumpla la diferenciación lingüística ó dialectal de hoy en adelante, la integración le irá de par. No están hoy los pueblos de lengua española tan apartados unos de otros, que quepa en algunos de ellos diferenciación lingüística que no refluya inmediatamente en los demás. Por fuerte que pueda llegar á ser la tendencia á la diferenciación, la tendencia á la integración será mayor. Siempre predominará el interés supremo; el de que nos entendamos todos.

Estas sumarias consideraciones he de desarrollar con extensión, siguiendo mi tarea de demostrar que las diferencias entre el español que se habla en España y el que se habla en la Argenson mucho, muchísimo menores, de lo que muchos argentinos, que no conocen bien esto, se figuran, y que esas diferencias nos son mayores que las que separan al habla de unas regiones españolas respecto de otras, también españolas. Y de esto sin referirme, claro está, al vascuence, catalán, gallego, bable y valenciano.

La cuestión hay que ponerla, á mi juicio, en otro terreno, y es que los argentinos y todos los demás pueblos de habla española reivindiquen su derecho á influir en el progreso de la común lengua española tanto como los castellanos mismos, que no reconozcan en estos patronato alguno sobre la lengua común, como si se les debiera por fuero de heredad, que afirmen su manera de entender y sentir el idioma de Cervantes. Aquí está la raíz de la cuestión.

Nada me parece más ridículo que el oír decir por acá hablando de estos ó aquellos americanos que son hijos ingratos, como si los que ahí hablan castellano, llevan apellido castellano—y aún muchos que no lo llevan—y sangre española en las venas fueran menos descendientes que nosotros de los que conquistaron y poblaron esas tierras. Lo probable es que lo sean más. Y así en la lengua me parece bien que ahí procuren todos poseer una que les sea común con todos los pueblos que hoy hablan la que poseen, pero no sujetarse en el uso de ella á prescripciones de ninguno de esos pueblos ni aceptar las pretensiones del pueblo castellano á la dirección en este respecto.

Yo soy vasco y usted sabrá, por que fué cosa que me atrajo la irreflexiva hostilidad de no pocos de mis paisanos, que he sostenido que el vascuence se muere muy de prisa y que nos conviene á los vascogados que se muera. Pero á la vez dije y sostuve, como lo digo y sostengo, que al adoptar el castellano, el idioma de setenta y tantos millones de hombres, no debemos resignarnos á adoptarlo pasivamente, plegándonos en todo y por todo á las exigencias de los castellanos, sino que hemos de tirar á infundir en él nuestro espíritu, á hablarlo á nuestro modo

siempre que nos demos á entender de todos los que hablan, á acelerar su vida. Y por mi parte procuro cumplirlo, y me encojo de hombros cuando me dicen que tal ó cual giro de los que uso es poco castizo, y cuando se me reprocha el que á las veces, y en mis trabajos de alguna fuerza, tengo el estilo poco español.

Esto me parece lo acertado y lo progresivo y no el malsano prurito de mantener dialectos y lenguas regionales por un afán, poco noble, de diferenciación á todo trance. Y lo triste es, que por lo menos aquí, en España, no son sentimientos de amor á lo propio sino de odio á lo ajeno, los que dictan semejante conducta. «Gran poquedad de alma arguye tener que negar al prójimo para afirmarse» dije en mi discurso de Bilbao, y lo repito aquí.

Y como ahora voy á entrar en un terreno espinosísimo y por extremo delicado, le ruego me dispense si alguna vez puedo herir susceptibilidades patrióticas, que soy el primero en respetar. Pero yo que dije á mis propios paisanos, leal y francamente, lo que creo ser la verdad y que á cada momento se la digo á mis compatriotas, creo tener cierto derecho á decirlela á los demás.

Sería en efecto, muy de sentir que en cuestiones como esta del idioma nacional argentino, que no deben tratarse sino con sereno espíritu científico y sin doble intención alguna, se colaran sentimientos y pasiones como los que han dictado, entre otros trabajos, el del Dr. Abeille. Casi todas las investigaciones etnográficas, lingüísticas y sociológicas están envenenadas por miras tendenciosas y por prejuicios. La voluntad rinde al entendimiento, lo cual es inevitable.

Aquí, en España, apenas puede leerse lo que los catalanos y mis paisanos los vascos, escriben á propósito de las lenguas catalana y vasca; los más agudos ingenios se dejan prender en las redes de sentimientos, que aunque á las veces nobles, deben reprimirse en ciertas ocasiones. Dan como buenas las mayores candidices y las más ridículas paparruchas, de escritores meritísimos en otros respectos, pero que en asuntos de lingüística, por ejemplo, no pudieron sino desbarrar mucho dada la época en que vivieron. Se apoyan en ellos, que es como apoyar hoy teorías químicas en el testimonio de alquimistas del siglo XIII. Ahí, en Buenos Aires, se publica una revista vascogada, bien intencionada por lo común, pero en la cual suelen publicarse unas disertaciones lingüísticas acerca del vascuence, con unos etimologías disparatadísimas, y unas conclusiones que hacen reír. Están más lejos de la moderna ciencia que la alquimia del siglo XIII de la química de hoy. Constituyen una verdadera vergüenza.

Con esto, algo duro, quiero justificar lo que voy á decir. Y es si en el fon-

do de esos empeños por tener una ma nacional y de ese afán por demostrar que la lengua española va á diversificarse en América, no hay sentimientos poco recomendables y prejuicios nada fundados.

¡Pobre personalidad nacional la que se busque por semejantes senderos! Yo escribiendo castellano, me creo tanto ó más vasco que mis paisanos que escriben en vascuence, y les llevo la ventaja de que mi palabra será más oída que la suya.

Uno de los pueblos que siente más ansias de total independencia y de conquistar carácter propio es Noruega; su hostilidad hacia Suecia crece de día en día. En Noruega se habla danés la lengua de Ibsen y de Björson es la misma de Kierkegaard y de Brandes.

Apenas hay entre ellas más que diferencias de pronunciación (poco más) como las hay entre el castellano que se habla en Burgos y el que se habla en Málaga.

Y en su afán por tener una lengua nacional propia han propuesto algunos noruegos adoptar la ortografía fonética y escribir con ella la lengua del bajo pueblo noruego, para diferenciar así en lo escrito lo que poco más que en la pronunciación se diferencia. Que es como si separándose mañana Andalucía de España dieran en la gracia de escribir el castellano á la andaluza, poner *zeñó*, y por señor, *muhé* (con h aspirada) por *mujer*, etc. Y aun en esto se encontrarían con menos diferencias de las que á primeras creyesen, pues no pocos modismos y aun fonismos andaluces se han corrido á toda España. Y de paso he de indicar cuan equivocads estuvo el señor Monner Sanz al afirmar en su discurso sobre el *lenguaje gauchesco*, leído en la fiesta del 9 de Julio en el Instituto Americano de Adrogué, que la supresión de la d en la final—ado (*llegao* p. ej) la sustitución de la h por j, de la e por i (*rigular* por *regular*) de la v por g (*güelta* por *vuelta*) ó por u (*respeuto* por *respecto*) el papo para, el *mesmo* etc. sea andaluz. Esas son formas que se oyen en boca del pueblo en casi toda España y en las regiones más apartadas de Andalucía, y hasta me parece difícil probar que sean de origen andaluz. El decir *llegao*, *andao* etc. es hoy lo corriente y usual en España; al que hablando en conversación familiar dice *llegado* y *andado* se le tilda de presuntuoso y redicho, y en algunos sitios se le supone *indiano*.

Eso no parece un refinamiento de gente leída que quiere distinguirse. Las personas más cultas, los escritores más atildados y correctos, los que más se precian de escribir bien el castellano, dicen aquí siempre en conversación familiar, *llegao*, *andao*, y además *pá* y *ná* por *para* y *nada*. A algunos de ellos hasta les sorprenderá el que se les diga que hablan así; no lo han notado. De cien españoles cultos que dicen «*pá* que es eso?» ó «*co-*



quería naa más...» los noventa nueve lo negarán, si se les pregunta. Pero oigáseles hablar y se verá. Y hasta tal punto es esto incierto que la idea general aquí respecto a los americanos es la de que son muy redichos y rebuscados, que ponen un exquisito cuidado en que no se les escapen locuciones populares. Lo de decir *llegado*, v. gr., nos parece algo pedantesco, aunque no lo sea. Y no lo es seguramente, en quienes han aprendido a hablar así.

El Dr. Bunge, en un estudio que ha dedicado a mi labor y mi persona, en los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales*, dice que un espíritu culto hispano-americano, por más que admire ciertas líneas fuertes de mi estilo, se espeluznará al leer frases como estas, que toma de mis escritos: «Y así no quedan ni los rabos...» «¡viva la diarrea palabrería!» «Y esta obra es mucho más que gota; es chorro...» Dice que estas son expresiones «insoportablemente *shocking*» para ustedes, y a este propósito habla de la delicadeza ática. El Dr. Bunge es un buen amigo mío a quien estoy agradecidísimo por la honda simpatía con que me ha tratado, y una de las cosas que más le agradezco son sus observaciones sobre el efecto que mi estilo pueda a las veces causar a oídos americanos. Y aquí recuerdo lo que me decía un paisano mío de vuelta de una excursión a esa república y era que una de las cosas que más le molestaron fué el cómo se recibía la palabra *coger*, que aquí, en España, es perfecta y absolutamente usual, inocente y culta. Y con la franqueza que debo a quienes con franqueza me tratan, y la ruda lealtad que quiero usar con el público argentino, al que debo tanto, he de decirle que si esos y otros rasgos de mi estilo pueden ahí ofender a algunos oídos en extremo susceptibles, aquí, en cambio, propendemos a notar en el estilo americano algo de flojo, de amadonado, falto de vigor y de robustez. Y no ciertamente en todos, pues ahí está Sarmiento, cuya prosa, enmarañada y encrepada a ratos, es una prosa robusta, caliente, fuerte y genuinamente española, sin preciosismos afrancesados.

Mas volviendo a lo que de Noruega le decía he de añadirle que aquí al lado tenemos a Portugal, desgraciada nación que gime bajo el yugo inglés por culpa de su suspicacia, de su ridículo temor de que España se la agregue. Y siempre he sospechado que en su empeño por diferenciar la lengua portuguesa de la castellana mucho más de lo que se diferencian —que es menos de lo que separa al castellano del catalán—siguen aferrados a su absurda ortografía etimológica para que la lengua escrita ofrezca otra fisonomía que la de española. Y así estampan *mythologia* y es de presumir que si nosotros hiciéramos lo mismo, entonces ellos escribirían *mitologia*, como hoy nosotros. Lo cual me recuerda el propósi-

to de un catalán de que se escribiera esta habla con ortografía etimológica, para lo que daba varias razones, callándose la única que le movía a proponerlo y era que se diferenciase el catalán escrito del castellano, también escrito, mucho más de lo que hoy se diferencian, que es mucho menos de lo que los catalanistas dicen.

A su buen juicio y discreción dejo el aplicar estas consideraciones al caso del idioma nacional argentino, y el ver que todo inmoderado afán de diferenciación a todo trance, todo empeño por negar al prójimo para afirmarse, es infecundo y dañino. No es así como se conquista la personalidad, ni es así como el noble pueblo argentino, y todos los demás pueblos hispano-americanos, han de llegar a ocupar su puesto en el mundo de la cultura y en la historia.

Algo más le diría sobre el elemento no español de origen que ha entrado a formar parte de esa república y sobre el hecho de que al Dr. Pellegrini, pongo por caso, haya podido inducirle a formular el parecer que en la revista *Estudios* se estampa, no un estudio detenido, sereno y científico del asunto, sino sentimientos muy naturales y muy legítimos que sólo al oír su apellido debemos suponerle. Mas por otra parte ahí está el docto señor don Pablo Groussac, correctísimo escritor en nuestra lengua española, de quien he oído que es francés, y que afirma redondamente que «no hay más idioma nacional que el castellano» y corrobora esta tesis.

Mi cualidad de ser español —aunque bien demostrado tengo que mi españolismo no es intransigente ni exclusivista, sino que por el contrario haya merecido el que se me tache aquí, en España, de poco español y de no tener el espíritu de la raza —mi cualidad de ser español y de dirigirme a un argentino, hijo de uno de los pueblos por los que más honda simpatía siento, y la demuestro con hechos, hace que no le pueda ser más explícito. Sentiría, además, deslizar alguna apreciación poco justa, debido a no conocer aún ese país *de visu* y directamente. Y el aún, aunque no lo subrayo, es como si lo subrayase.

Ganas me dan de hablarle del latinismo, suponiéndole acaso enterado de que siento poco entusiasmo hacia él y de que estoy cada vez más convencido de que los españoles, y creo que también los hispano-americanos, tenemos poco de latinos, y de que es locura querer latinizarnos torciendo nuestro natural. Aparte la lengua, están más cerca de nosotros los germanos y los anglo-sajones que esos otros pueblos a los que llamamos, tal vez sin mucha propiedad, latinos. Mas es este un punto que si bien he tocado varias veces, merece amplio desarrollo.

Y termino ya. Termino saludando en usted al pueblo argentino. Es suyo amigo afmo. y S. S.

Miguel de Unamuno

1 Reputación hecha por amigos, reputación en peligro constante de que la deshagan los mismos que la fabricaron.

2 Aceptarás todo lo que te ofrezcan tus amistades, sea lo que sea, menos tu defensa: hombre que necesita de abogados, hombre perdido para siempre.

3 Los malos juicios no se desautorizan con discursos ajenos, sino con hechos propios. La lengua solo sirve para matar honras, aunque se la mueva para defenderlas.

4 Toda inocencia, aunque sea tan resplandeciente como la de Jesús, está en la conciencia de sus jueces como un caso discutible, y en la de sus defensores como un propósito.

5 Nadie siente la pureza de nadie, nada más que como una convención, nada más que como una complicidad misericordiosa: la idea del bien no es otra cosa que el deseo del bien.

6 Vivir a espensas de la elocuencia ajena, es como apoyarse en un báculo de vidrio: el día que se fatigue tu pa-negirista, adios vida!

7 Que tus armas sean tus obras y que tus laudatorias las hagan aquellos que no te vieron ni una sola vez.

Si así no triunfas, refúgiate en el desierto; pero nunca jamás en la misericordia de los misericordiosos.

8 No seas hijo de nadie; porque nadie siente la paternidad como ella es.

9 Solo con buenas acciones se neutralizan las malas acciones. El hecho mata al hecho; pero la palabra le deja subsistente y más la agranda cuanto más lo niega.

10 La palabra más evangélica, sobre una vida maltrecha y dolorida, es como un apósito polvoreado de vidrio, aplicado sobre las úlceras de un leproso.

11 Huye de la memoria de los hombres como de un sitio de tormento, como del formidable roce triturador de dos piedras de molino.

12 La virtud que no es una evidencia indemostrable, deja de serlo, en cierta manera.

13 Repite tu vida cien veces, si te fuera posible, hasta imponerla como un sol; pero no te demuestres ni te dejes demostrar como una ecuación algebraica: aquello que se hace sentir por sí mismo, vive todo contrahecho, en los espíritus.

14 Procede como la naturaleza, que es como procede Dios; persistiendo en el hecho silenciosamente.

15 La sociedad es como los sordos mudos, que más entienden los gestos que las palabras: no oye, ve.

16 Prefiere la deshonra de la caída a la deshonra de las muletas.

17 Cuando te sientas fatigado bajo la carga de tus dolores, aplástate sobre ti mismo; pero no te cojas del brazo de ninguno.

18 El dolor humano deja de ser un gusto, desde el momento que encuen-

350

tra su consolador! la excelsitud de las lágrimas se trasmite toda entera á las manos que las enjagan.

19 La naturaleza parece más hermosa desde los ventanales de un hospital, que desde los lujosos balconajes de un amigo caritativo.

20 No seas carga nunca, que es la condición más miserable á que puede llegar un hombre.

21 Los dolores irremediables harían el papel más ridículo si se dejaran consolar.

22 Nada más cómico que una viuda; porque solloza para que la consuelen.

23 La caridad es una virtud; pero desecharla sincera y enérgicamente, es otra virtud más grande, mucho más grande todavía.

24 La dignidad en los que sufren es tan agradable á los ojos de Dios, como el sentimiento de la misericordia en aquellos que todo lo tienen á manos llenas.

25 La felicidad tiene sus deberes; pero el dolor tiene los suyos, sábelo bien. No hay situación humana sin obligaciones.

Almafuerte

Una anécdota de Gayarre

Iba, una noche, Julián, con cinco ó seis compañeros alegres y bullangueros, á cenar á un *restaurant*, de otras mil juergas, testigo, si la crónica no miente,—cuando, amable y complaciente, cediendo de algún amigo al antojo, y no pueril, lanzó al aire su voz bella y poniendo el alma en ella, cantó el *spirto gentil*. ¡Nunca tal hiciera! lleno de enojo, en furor rayano, se le acercó un asturiano que *oficiaba* de sereno. ¡—Cállese usted, con voz ruda, dijo el astur al artista, ¡cállese usted y no resista á la autoridad!

—¿Quién duda de mi obediencia?

—Aunque estalle es fuerza que mudo quede ó va preso; no se puede cantar de noche en la calle. Y sepa, por si me aborda, que haré cumplir lo que ordeno: ¡mientras yo sea sereno no canta ni el *sursum corda!* Conque, silencio, y abur, ó hay una de linternazos.... Abrió Gayarre los brazos y dijo al valiente astur:

—Deja, y me callo al instante, que te abrace...y no te asombre: ¡has sido tu el primer hombre que me ha dicho que no cante!

Casimiro Prieto

Libros del abogado

Carlos O. Bunge

PRINCIPIOS DE PSICOLOGIA INDIVIDUAL Y SOCIAL — Con prólogo del Dr. Simarro — Un tomo de la «Biblioteca Científico-Filosófica».

Madrid, 1903.

El Dr. Bunge, escritor ventajosamente conocido entre los lectores de «La España Moderna» y en los círculos científicos más acreditados de la Europa culta, por su magnífico libro sobre *La Educación*, ha querido presentar á los psicólogos y sociólogos en su nueva obra una lectura útil y agradable y una instrucción sólida sobre uno de los aspectos más fundamentales del estudio del hombre, á saber: compenetración de su personalidad y de su vida colectiva en la unidad radical de su naturaleza.

La metafísica y el positivismo se encuentran entremezclados en estas gallardas muestras del pensamiento argentino. El Dr. Bunge, que se proclama y no se avergüenza de confesarse «metafísico positivo» (*psicólogo trascendental*, según sus propias expresiones), empieza por reconocer el valor ilustrativo de las ciencias experimentales, y que éstas son la base necesaria de toda doctrina de conjunto. Ni aun halla inconveniente en ir más lejos, concediendo que, en principio, no debe admitirse nada que no se haya demostrado inductivamente.

Pero no por eso acepta el postulado que se opone frecuentemente á la metafísica bajo el especioso nombre de *unidad de la ciencia*, idea tan repetida desde Spencer acá, y que es «un sueño pueril, sólo concebible en Pitágoras, cuando el pensamiento estaba en la infancia, aunque en una bien vigorosa infancia.» De donde infiere el doctor Bunge que, una vez dada á la impirre el papel que le corresponde en el comienzo de la investigación, el método de la sociología y de la filosofía en general debe ser exclusivamente psicológico, porque el hombre, para saber lo que puede y lo que no puede saber, no tiene más datos positivos que el hombre mismo.

En el curso de su variado y á veces difuso trabajo, el autor parece haberse propuesto firmemente no perder por un solo momento de vista ese criterio esencial. Después de determinar los grados de la psicología, hace mucho hincapié en las dos bases de la existencia espiritual rudimentaria: la sensibilidad, base pasiva, y el instinto, base activa, considerando á aquélla como el primer *fenómeno*, y á éste como la primer *ley* de la vida de relación. Se extiende luego en magníficas conside-

raciones acerca de la conciencia y sus estados, de lo subconsciente voluntario é involuntario, y de las ideas fuerzas. Y concluye aplicando estos principios á las ciencias sociales, á las relaciones de libertad colectiva, al progreso y á la educación.

En atención á los límites á que por necesidad debo ajustarme, sólo ofrezco esa ligera exposición; aun así, espero que, gracias al imperecedero atractivo de los estudios que tienen por objeto el hombre y la sociedad, baste exposición tan ligera para inducir al lector á consultar el tratadito del ilustre profesor argentino.

Edmundo González Blanco

(La España Moderna)

NUESTRA AMERICA — PRÓLOGO

El estudio de la psicología de un pueblo comprende muchas cuestiones que conviene distinguir y que con frecuencia separan—aun sin percatarse de ello,—los mismos investigadores, movidos por la finalidad de su investigación. Algunas de esas cuestiones son independientes entre sí, hasta donde esto cabe dentro de la psicología genérica del sujeto; de manera, que la resolución de cada una, ó las conclusiones á que en ellas particularmente se llegue, pueden ser indiferentes para la resolución ó las conclusiones de las restantes. No cabe duda, v. gr., que la causa ú origen de los caracteres psicológicos que en un momento dado presenta un pueblo, ya se coloque en el predominio de un elemento antropológico ó de raza, ya en el efecto secular de un medio físico, ya en la presión de instituciones humanas (la Inquisición por ejemplo, que se cita muy á menudo al hablar de los españoles), ni añade ni quita cosa sustancial á la existencia de tales ó cuales rasgos característicos que la observación acusa. Y es un gran bien que así sea. Pues hallándose aún tan en mantillas la ciencia respecto de estos asuntos de origen, y siendo quizá imposible en algunos de ellos que pase jamás de ese estado, por carencia de fuentes de información, no por esto sufre nada la Psicología propiamente dicha, es decir, la determinación lisa y llana de las cualidades del espíritu colectivo, abstracción hecha de toda hipótesis genética.

De igual modo hay que distinguir entre los diferentes estados psicológicos—á veces contrarios—por los que pasan en la sucesión de los tiempos las colectividades y la psicología fundamental que puede deducirse de las notas comunes, persistentes, advertidas en todos ellos y que no pueden determinarse sino estudiando grandes lapsos de tiempos; y aún cabe dudar si es posible